

No voy a extenderme más, no sólo por no cansar a mis presuntos lectores con este tema sino porque pienso que los indicios que presento son más que suficientes para abonar la teoría de que la globalización en su versión de democratizadora universal es un mito, opinión que, por cierto, defienden pensadores con muchos más títulos que yo en estas materias. Por otra parte cualquier lector con sentido común, sin necesidad de estar versado en economía, comprende que las diferencias cualitativas entre unos y otros países, y unas y otras empresas, que he enumerado, son las menos apropiadas para construir la democracia global igualitaria con que se publicita la globalización. Antes bien parece que sus efectos tienden a perpetuar el modelo tradicional de centro y periferia, y a profundizarlo en sus consecuencias.

A finales del año pasado visité la ciudad de Neuquén, en la Patagonia argentina, en mi carácter de jurado del *Certamen Patagónico de Cuentos*. Los organizadores tuvieron la gentileza de llevarme hasta El Chocón, una megapresa hidroeléctrica. Allí me enteré de algunas de las consecuencias de esta gran obra no previstas por los que la proyectaron, por ejemplo el nuevo viento que las corrientes de aire generadas por el gran espejo de agua hacen soplar a ras de tierra y que cubre casi cotidianamente con el polvo del desierto patagónico la ciudad de Neuquén, capital de la provincia, que se encuentra a noventa kilómetros de distancia. Pero el viaje no tenía como objetivo principal la visita de la represa sino del museo municipal de Villa El Chocón. Resulta que las excavaciones para construir el embalse alcanzaron estratos geológicos que superan los 100 millones de años de antigüedad, con lo que dejaron al alcance de la mano uno de los más importantes yacimientos mundiales de restos fósiles de dinosaurios. Hasta el momento se han descubierto tres tipos de estos animales precataclísmicos, dos herbívoros de cuatro patas y, sobre todo, el *Gigantosaurus Carolinii*, del que se ha rescatado más del ochenta por ciento del esqueleto y que es el más grande dinosaurio carnívoro conocido del mundo. Es bípedo, mide 14 metros de largo, tiene un alto hasta la cadera de 4,60 metros y un peso calculado de unos 10.000 kilogramos. Para este último cálculo han sido esenciales las huellas, que puede ver con mis propios ojos, y de cuyos rastros son ricos estos yacimientos. Así como de huevos. Estos son numerosísimos, pero dos de ellos tienen un valor incalculable, ya que conservan en su interior el fósil del feto con el cuerpo formado, lo que permitirá avances fundamentales en el estudio de esta especie de cuyas causas de extinción hay serias dudas. La teoría del meteorito, hoy difundida popularmente y sostenida por muchos paleontólogos, no es compartida por Rubén Carolini, el paleontólogo aficionado descubridor del *Gigantosaurus*, que desde hace once años dedica todo su tiempo a la búsqueda y estudio de los fósiles de estos animales y que ha convertido su afición en una filosofía de

vida. Carolini, una especie de Heinrich Schliemann, el descubridor del tesoro de Troya y de las ciudadelas de Micenas y de Tirinto, más pobre en medios pero, como él, puesto seriamente en cuestión por los paleontólogos profesionales, defiende la tesis de que los dinosaurios no se extinguieron a consecuencia de un cataclismo sino porque habían completado su ciclo vital al cabo de millones de años de existencia y fueron incapaces de adaptarse a la evolución terrestre. Para afirmar esto argumenta que hubo especies mucho más frágiles, como los pájaros, que ya habían aparecido, que sobrevivieron al choque del meteorito con la corteza terrestre ocurrido alrededor de 93 millones de años antes de nuestra era. Personaje singular, mecánico de profesión, Carolini es una especie de hombre orquesta que no sólo hace los trabajos de campo, estudia los fósiles hombro a hombro con sus críticos, guía grupos en el museo a los que instruye con amenidad y sentido didáctico, filosofa acerca del paralelo entre el destino de los dinosaurios y el de la especie humana, sino que es el diseñador y constructor de una especie de vehículo lunar, adaptado a moverse por terrenos anfractuosos, que lo traslada a él, a sus ayudantes, el equipo y a los paleontólogos que lo cuestionan, a través de las enormes distancias del yacimiento. Ingenios del subdesarrollo que tienden puentes precarios para salvar la brecha cada vez más profunda que separa a los ricos de los pobres.



Daniel Vázquez Díaz: *El torero muerto*